

Irwin Stelzer / Economista, columnista y asesor de Rupert Murdoch

«Que Zapatero no se moleste: su relación con Bush es causa perdida»

«La economía española es un lugar raro; con una mezcla de proteccionismo y liberalismo que vive de las reformas económicas del Gobierno conservador»

Gonzalo Suárez

LONDRES.- En círculos políticos, se le conoce como el «representante de Rupert Murdoch en el planeta Tierra». Él se limita a reconocer que es «uno de tantos» asesores del magnate australiano, propietario de una descomunal cartera de medios que incluye Sky y Fox News. Aun así, no cabe duda de que cuando este veterano economista se pronuncia sobre un asunto de interés, los gobernantes de ambos lados del Atlántico toman nota. Cuentan las malas lenguas que hace un par de años, cuando la Constitución Europea todavía parecía un proyecto viable, Stelzer transmitió a Tony Blair un estremecedor ultimátum: o sometía el texto a referéndum o perdería el respaldo de periódicos de Murdoch como «The Sun» o «The Times». Puede que se trate de una historia apócrifa, pero el mero hecho de que muchos periodistas se la crean da una idea de la influencia del neoyorquino, que desmiente los rumores sin ocultar un poso de cierta satisfacción. «La idea de que un pobre economista judío puede amenazar al primer ministro resulta ridícula», ironiza. «He aprendido a vivir con mi reputación de “mano derecha” de Murdoch. Diga lo que diga, la gente va a seguir repitiéndolo, así que he decidido dejar que cada uno piense lo que quiera».

—Si el presidente español le pidiera un consejo para mejorar sus relaciones con George Bush, ¿qué le recomendaría?

—Que ni se moleste en intentarlo. Primero cedió ante los terroristas y nos dejó tirados en Irak, luego intentó vender aviones a nuestro enemigo más molesto, Hugo Chávez... Es una causa perdida, totalmente perdida.

—La explicación del Gobierno español es que la retirada estaba en su programa electoral, así que la verdadera cesión ante el terrorismo habría sido mantenerlas allí.

—Es un buen argumento, pero parte de un error anterior, prometer que sacaría las tropas. Es irresponsable hacer promesas concretas de política exterior, porque nunca se sabe lo que va a pasar. Además, después del 11-M, tenía razones para decir: «Nos han atacado, nos enfrentamos a una guerra contra el terror y tenemos que movernos».

—Usted mismo asegura que muchos europeos no creen que se enfrenten a una guerra, sino a atentados aislados.

—Es cierto. En el fondo, la relación trasatlántica se ha roto porque la solución estadounidense a los problemas se centra en la acción y la europea en el proceso. Jack Straw intentó convencerme de que las negociaciones con Irán habían sido

un éxito y yo le repliqué que los iraníes siguen construyendo una bomba atómica. Entonces, él argumentó que al menos los europeos habían negociado unidos: sólo le importaba el proceso, no los resultados.

—Entonces, ¿cree que el cisma entre Europa y EE.UU. no tiene solución?

—En Francia se sigue enseñando a los alumnos que la resistencia se liberó por sí misma del nazismo, cuando en realidad se rindieron pese a que tenían el doble de soldados en el campo de batalla. Luego, cuando llegaron las tropas americanas, insistieron en pintar sus banderas en los tanques antes de desfilas por los Campos Eliseos... Europa tiene una larga tradición de envidias y recelos hacia EE.UU.

—Por ejemplo, a usted le molesta que los europeos digan que George W. Bush es tonto.

—Se creen que es tonto porque habla con frases cortas y tiene acento texano, pero si la mitad de los políticos europeos leyeran tanto como él

«Si la mitad de los políticos europeos leyeran tanto como el presidente de Estados Unidos estarían mucho mejor educados»

«Sarkozy no es la Thatcher. En Francia me vale con que no se presenten Jacques Chirac o Dominique de Villepin, dos políticos de los que no me fio»

estarían mucho mejor educados.

—¿Cree que las relaciones mejorarán cuando Bush se vaya?

—Es probable, sobre todo si sale elegido un demócrata internacionalista al que no le importe escuchar tonterías en la ONU. Los europeos odian tanto a Bush que su salida ocasionará una luna de miel hacia su sucesor.

—Su especialidad es la economía. ¿Cómo ve el futuro de Europa?

—El problema de los europeos es que su instinto es pedir que el Gobierno intervenga ante cualquier problema. ¿No hay suficiente I+D? Pues creamos un fondo público y una red de laboratorios subvencionados. La pega es que ése no es el papel de un Gobierno. Imagínate

que los chicos de Google le hubieran presentado a un funcionario francés su idea de crear un buscador para acceder a toda la información del mundo: les habría respondido que para eso están las bibliotecas.

—Pero no puede negar que Europa está avanzando hacia la liberalización, aunque sea a cámara lenta.

—Es algo inevitable, porque el centro de gravedad del sistema político está girando a la derecha. Los días de nacionalizar empresas y freír a impuestos a los ricos se han acabado, excepto en Latinoamérica. Incluso la izquierda francesa parece dispuesta a votar a Ségolène Royal, lo más parecido que tienen a Nicolas Sarkozy.

—¿Cree que este último puede protagonizar una revolución a la Thatcher?

—Lo dudo. Habla de «romper con el pasado», pero no creo que se atreva. Cuando hablo con él me doy cuenta de que es proteccionista, quiere armonizar los impuestos a escala europea... De todas formas, me vale con que no sea ni Chirac ni Villepin, dos políticos de los que no me fio. Si se presenta usted contra ellos, le voto sin dudarlo.

—¿Qué opina de la situación económica en España?

—Está viviendo de las reformas económicas de los años de Aznar, así que Zapatero puede preocuparse de sacar las tropas de Irak y desplazarlas al Vaticano si le apetece... Es milagroso cómo España ha salido del aislamiento internacional, en parte gracias a los fondos comunitarios.

—¿Y más allá de la labor del Gobierno?

—Me sorprende la emergencia de un espíritu emprendedor inédito desde la era de los conquistadores. Es un lugar raro, con una mezcla de proteccionismo y liberalismo: hay ejecutivos de empresas privadas nombrados por el Gobierno, los bancos participan activamente en la vida industrial... Su gran peligro es apostar demasiado por el multiculturalismo y la descentralización, dos políticas que tienen enormes riesgos.

—Pese a ser conservador, apoya con reservas a Tony Blair. ¿Cómo le recordará la historia?

—Por Irak, Irak e Irak.

—La guerra arruinará su legado...

—Eso implica admitir que ha sido un error...

—¿Es usted optimista?

—No, soy pesimista. Creo que los historiadores dirán que la guerra fue una mala idea o una buena idea mal ejecutada. Me inclino por la segunda opción: lo apropiado era librarnos de Sadam, aunque quizás se tratara de un objetivo demasiado ambicioso y no lo supimos gestionar adecuadamente.

—Usted editó un libro sobre neoconserva-

Del gueto a la Casa Blanca

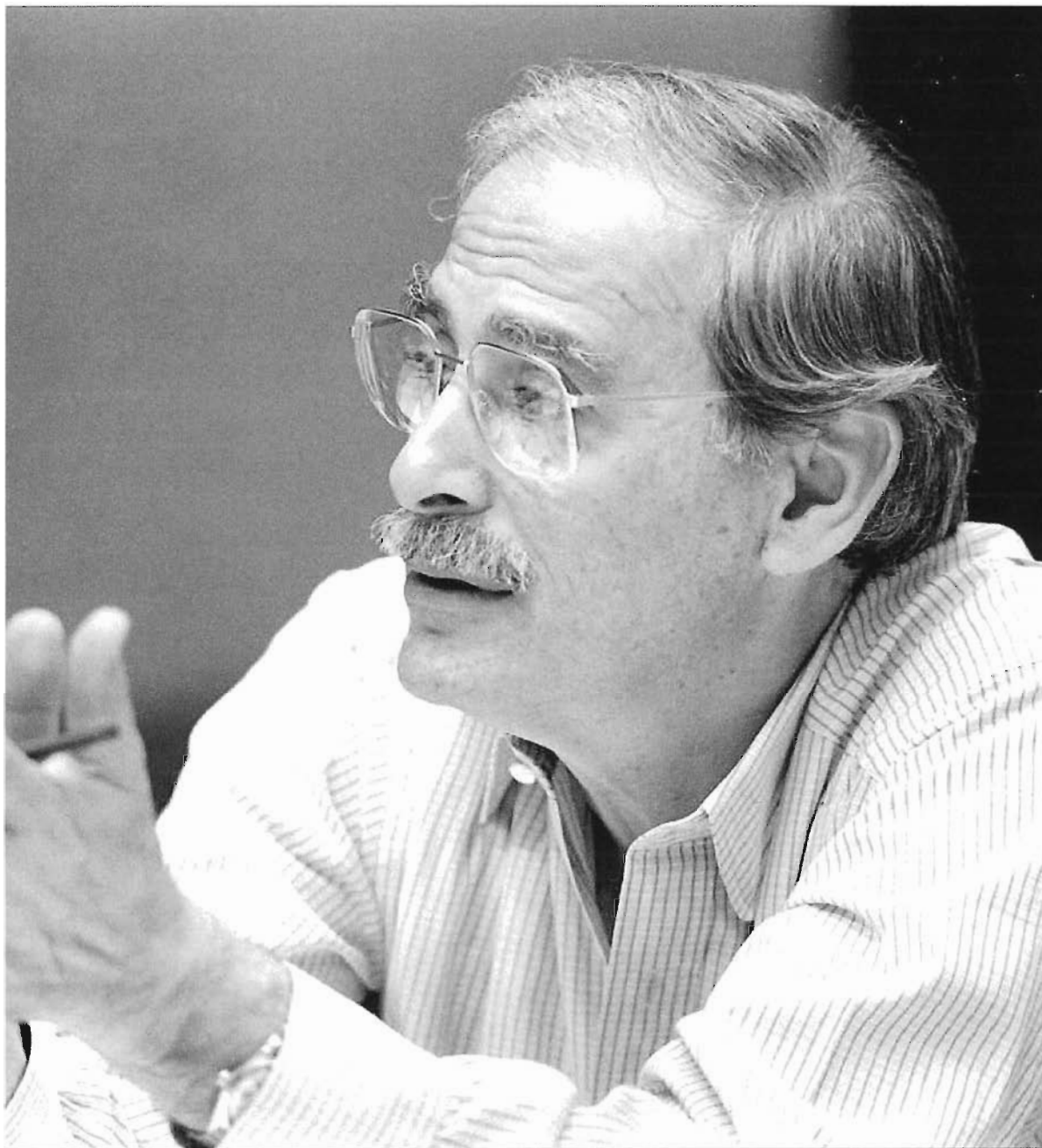
A lo largo de la conversación, Irwin Stelzer recuerda una y otra vez su infancia en un barrio judío de Manhattan. Quizás sea su forma de no olvidar sus orígenes ahora que se pasa la vida pisando la moqueta de los despachos más influyentes. Sus anécdotas están salpicadas de los nombres propios de políticos de primera línea: Hillary, Tony, Gordon, Nicolas... Y no se trata de la impostura de un fanfarrón que hincha artificialmente su lista de contactos, sino de un tic comprensible en un personaje acostumbrado a charlar de tú a tú con los poderosos.



durismo en el que incluyó a un laborista como Blair. ¿Cómo se concilian dos posturas aparentemente opuestas?

—El mismo es quien mejor ha descrito la doctrina «neoon» en asuntos exteriores, cuando aseguró que es una política progresista bajo otro nombre. Cuando Bush todavía era gobernador de Texas, Blair adelantó la ideología de la actual Casa Blanca en un discurso en Chicago. La izquierda siempre ha tenido una rama humanitaria que detesta dramas como Kosovo. Más que un movimiento político, el neoconservadurismo es un estado mental.

—¿No es contradictoria la idea «neoon» de que los gobiernos no funcionan en casa pero que deben intervenir en el exterior?



Stelzer es un economista neoyorquino muy ligado a Rupert Murdoch, el magnate australiano de los medios de comunicación

—Es posible que sí. Creo que debemos replantearnos las cosas a la luz de lo ocurrido en Irak y Afganistán. Pero Blair tiene razón al alertar de que lo peor que puede pasar es que EE UU se convierta en un país aislacionista al que le dé igual que casi 200 personas mueran en un atentado en Madrid.

—Usted conoce bien a Gordon Brown. ¿Cree que mantendrá la política exterior de Blair?

—Hasta cierto punto. No hay duda de que es proamericano y no se retirará de Irak de repente. Los europeos sí que saldrán perdiendo, porque Gordon es menos cosmopolita que Tony.

—¿A cuál prefiere?

—Los dos me caen genial. Tony es carismático, instintivo, aunque nada frívolo. Gordon es más

sesudo e intelectual. Lo que me alucina es que dos tipos tan inteligentes hayan sido incapaces de llevarse bien.

—¿Cómo lo explica?

—Yo me eduqué en un barrio judío de Nueva York lleno de sastrerías con dos socios: uno que hacía las cuentas y otro que hablaba con la clientela. El primero pensaba que su socio era un frívolo, el segundo que el otro era un aburrido, pero seguían juntos porque se necesitaban. Si Tony y Gordon montaran una sastrería, serían iguales que los judíos de Nueva York.

—¿Será Brown un buen premier?

—Depende de si hace caso a su cabeza o a su corazón. Su cabeza sabe que los mercados funcionan y admira el espíritu emprendedor de

EEUU. Su corazón le impulsa a actuar cada vez que ve una injusticia, por lo que tiende a subir los impuestos, regular demasiado... Es bueno que gobierne un par de años antes de las elecciones: así podrá demostrar si está a la altura.

—¿Qué le recomendaría al conservador David Cameron para enfrentarse a él?

—Lo primero es que se haga una enorme transfusión de coeficiente intelectual, porque Gordon Brown es mucho más listo que él. Se cree que puede ganar las elecciones porque es más joven y más guapo, pero lo importante es ofrecer políticas que resulten atractivas.

—Él asegura que tiene que cambiar la imagen de los «tories» antes de anunciar su programa...

«Aznar es un valiente que hizo lo que su país necesitaba»

—Hace unos meses, Murdoch fichó a José María Aznar para el consejo de su empresa News Corp. ¿Qué opina de él?

—Aznar es un tipo valiente que se atrevió a hacer lo que su país necesitaba en su momento.

—¿Qué aporta a Murdoch?

—Una visión global desde una perspectiva europea. News Corp es una empresa global, pero apenas tiene presencia en países de habla no inglesa...

—O sea, que tienen interés en invertir en España...

—Entiendo que me pregunte, pero no puedo decir más. Eso sí, Aznar resultaría muy útil en esas circunstancias. Además, existe un enorme mercado en Latinoamérica que Murdoch podría explorar.

—¿Por qué cree que Murdoch resulta una figura tan polémica?

—El «establishment» le detesta porque es un revolucionario empeñado en enfrentarse al poder. Ve la CNN y decide montar Fox, ve la BBC y lanza Sky... Murdoch demuestra la doctrina de Schumpeter de que un torbellino de destrucción creativa puede dismantelar el poder establecido. Lo extraño sería que sus rivales le elogiaran, no que se digan «el hijo de perra lo ha vuelto a conseguir» cuando lanza un negocio exitoso.

—Algunos acusan a sus medios de ser radicales.

—Es cierto que Murdoch tiene ideas bastante conservadoras, pero los números le avalan: sus medios son líderes. Algunos dicen que «The Sun» es un atentado contra la moralidad británica, pero diez millones lo leen cada día. Además, a la gente le molesta que siempre diga lo que piensa.

—Soy el primero en reconocer que me gustó su optimismo inicial, pero para ganar las elecciones hay que mojarse. Creo que con Cameron lo que ves es lo que hay: una botella vacía. Es el resultado de su biografía: nació en una familia rica, fue a un colegio elitista como Eton, luego consiguió un empleo por enchufe... Según él la solución para la delincuencia adolescente es abrazar a los macarras: sólo dice eso porque no ha visto a uno en su vida.

—¿No es otra forma de clasismo decir que alguien de Eton no puede ser primer ministro?

—Claro que sí, son los prejuicios de un chico judío que se crió en un barrio pobre de Manhattan. Es un esnobismo por mi parte, pero a veces no puedo contenerme.